

con altivez y con desprecio: ¡un cuarto para él! Los cuartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas están ocupadas porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á hacer noche aquí: lo más que te puedo ofrecer es el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja.

En esto decía más verdad de lo que ella misma pensaba: no le repliqué palabra; abracé prudentemente el partido que me proponía; fuíme al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á trabajos.

CAPÍTULO XIV

Recibimiento que le hizo en Burgos doña Mencía

No fuí perezoso en levantarme al día siguiente. Fuí á ajustar la cuenta con la huéspeda, que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el día antecedente. Atribuilo á la presencia de tres honrados cuadrilleros de la santa Hermandad, que con mucha familiaridad hablaban con ella, y serían sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba á la casa de campo adonde yo quería ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñaflo. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que don Ambrosio había muerto tres semanas hacía, y que la marquesa, su mujer, se había retirado á un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé en derechura á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo, fuí volando al monasterio en donde me dijeron se hallaba doña Mencía. Rogué á la tornera se sirviese decir á aquella señora que deseaba hablarle un mozo recién salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fué á darle el recado la tornera. Volvió ésta, y me hizo entrar en un locutorio, adonde dentro de poco vi llegar muy enlutada á doña Mencía.

«Bien venido seas, Gil Blas, me dijo aquella viuda con modo muy afable: cuatro días ha que escribí á un conocido mío de Astorga, rogándole te fuese á ver, y que de mi parte te instase para que vinieses á visitarme inmediatamente que salieses de la prisión. Nunca dudé que presto te darían libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondié-

ronme que ya con efecto estabas libre, pero que no se sabía tu paradero. Temí no volverte á ver, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento, lo que hubiera sentido extremadamente. Consuélate, añadió, conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable estado: no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropaje en que te veo. Después del gran servicio que me hiciste, sería yo la mujer más ingrata de las mujeres si no hiciera nada por ti. Mi ánimo es sacarte del mal estado en que te hallas: debo y puedo hacerlo, pues tengo bienes suficientes para poder corresponderte, sin que me sea gravoso. Los lances, continuó, que me sucedieron hasta el día en que nos separaron para meternos presos, ya los sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me aconteció desde entonces. Luego que el corregidor de Astorga dispuso que me condujesen á Burgos, después de haberme oído la relación puntual de mis sucesos, me dirigí á la casa de don Ambrosio. Causó mi llegada una general y extremada sorpresa, pero me dijeron que ya llegaba tarde, porque el marqués, profundamente afligido por mi fuga, había caído gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo más sobre los muchos que ya tenía para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso, quise que le avisasen mi llegada: entré después en su cuarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante y el corazón traspasado del más agudo dolor.

— «¿Quién te ha traído aquí?, me dijo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfacción tuya, que tus propios ojos fuesen testigos de mi muerte?

— «Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés de que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca más me hubierais vuelto á ver.»

»Referíle al mismo tiempo cómo don Alvaro había muerto á manos de unos ladrones, y cómo me habían conducido al soterráneo, con todo lo demás que me había sucedido hasta entonces. Apenas acabé de hablar, cuando, alargándome cariñosamente la mano, me dijo con ternura:

— «Basta, hija, ya no me quejo de ti. Pues qué, ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo, á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razón una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razón tendría para quejarme. Por eso no permití que nin-

guno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacía lícita y aun necesaria, como también el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que, con haberte restituído á mi casa, has recobrado toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo; mas ¡ay!, ¡cuán poco me durarán uno y otro! Conozco que mi última hora se va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de ti con el último adiós.

»Redoblóse mi llanto al oír palabras tan amorosas, las que excitaron en mí una aficción extremada. Aunque adoré á don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió don Ambrosio al día siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me había señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, sólo es propio de mujeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien, te digo que ya no tengo inclinación al mundo, y que quiero acabar mis días en este convento y ser su bienhechora.»

Tal fué el discurso de doña Mencía, acabado el cual, sacó de la faltriquera un bolsillo y me lo tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo:

— Toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y después vuélveme á ver, porque no quiero se limite á cosa tan corta mi agradecimiento.

Díle mil gracias y le juré que no partiría de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento, que estaba bien resuelto á no quebrantar, me fuí á buscar algún mesón. Entré en el primero que encontré, pedí un cuarto, y para precaver el mal concepto que por el traje se podía formar de mí, dije al mesonero que, aunque me veía en aquellos pobres trapos, tenía con qué pagar el gasto. Al oír estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente grandísimo bufón, mirándome y examinándome atentamente de pies á cabeza, me dijo con cierto aire malicioso y chufletero, que no necesitaba de mi aseveración para conocer que sin duda haría yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de nobleza, que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades, saqué el bolsillo y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, los que le obligaron á formar un juicio más favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar

algún sastre, á lo cual me replicó que sería mejor llamar á algún prendero, el cual traería diferentes vestidos de todas clases, para quedar pronto vestido del todo. Agradóme el consejo y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche, dilaté este negocio hasta el día siguiente, y sólo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que había comido desde que salí del soterráneo.

CAPÍTULO XV

De qué modo se vistió Gil Blas, del nuevo regalo que le hizo la señora
y del equipaje en que salió de Burgos

Sirviéronme un copioso plato de manos de carnero fritas, y le comí casi todo: bebí á proporción, y después fuíme á la cama. Era ésta muy decente, y esperaba que luego se apoderaría de mis sentidos un profundo sueño; pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginación en qué género de vestido había de escoger.

— ¿Qué haré?, decía; ¿seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? Pero ¿á qué fin vestirme de estudiante? ¿Tengo deseos de consagrarme al estado eclesiástico? ¿Acaso me inclina á ello mi propensión? Nada de eso: mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide: quiero ceñir espada y ver de hacer fortuna en el mundo.

Y á esto me decidí.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido de que esto bastaría para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeros proyectos, estuve esperando el día con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz, cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el mesón, que despertaron todos. Llamé á los criados, que estaban todavía en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les dí orden de que fuesen á buscar al prendero. No tardó en llegar éste con dos mozos cargados cada uno con un gran envoltorio. Saludóme con grandes cumplimientos, y me dijo:

— Caballero, ha tenido usted fortuna en dirigirse á mí más bien que á otro;

no quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputación; mas aquí, para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia: todos son más duros que judíos; yo soy el único de mi oficio que la tiene; me limito á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cuarto; equivoquéme, quise decir con un cuarto por real.

Después de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó á los mozos que desatasen los envoltorios. Enseñaronme vestidos de todos géneros y colores, muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché éstos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme después otro que parecía haberse cortado expresamente para mí, el cual me deslumbró, sin embargo de que estaba un poco usado. Se componía de una ropilla, unos calzones y una capa; la ropilla con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí éste y pregunté el precio. El prendero, que conoció cuánto me agradaba, me dijo:

— En verdad que es usted un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa usted que este vestido se hizo para uno de los primeros sujetos del reino, que no se lo puso tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: pues ¿qué diré del bordado? No parece cabe mayor delicadeza ni primor.

— Y bien, le pregunté, ¿cuánto pedís por él?

— Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien.

A la verdad, la respuesta era convincente. Yo le ofrecí cuarenta y cinco, aunque acaso no valía la mitad.

— Caballero, replicó él fríamente, yo no soy hombre que pido más de lo justo, ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome usted este otro vestido, continuó, presentándome el primero que yo había desechado, que se lo daré más barato.

Todo esto sólo servía para aumentar en mí la gana que tenía del otro; y como me imaginé que no rebajaría ni un maravedí de lo que había pedido, le entregué sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los había dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido más. Pero al fin, contento con haber ganado á real por cuarto, se despidió con sus mozos, á los cuales tampoco dejé de agasajar, dándoles para heber.

Viéndome ya con un vestido tan señor, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entre-

tuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, medias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente; pero ¡qué gozo fué el mío cuando me vi tan bien equipado! No me cansaba de mirarme. Ningún pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumaje de su cola. Aquel mismo día pasé á visitar segunda vez á doña Mencía, la cual me volvió á recibir con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le había hecho, á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Después, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí y se retiró, regalándome sólo una sortija de treinta doblones y rogándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frío cuando me vi con la tal sortija, porque había contado con regalo de mucho más precio. En esta suposición, malcontento de la generosidad de la señora, volví al mesón haciendo mil calendarios; pero apenas había llegado, cuando entró en él un hombre que venía tras de mí, el cual, desembozando la capa, mostró un talego bastante largo, que traía debajo del brazo. Así que vi el talego, que parecía lleno de dinero, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oír la voz de un serafín cuando aquel hombre me dijo, poniendo el talego sobre una mesa:

— Sr. Gil Blas, mi señora la marquesa ruega á usted se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento.

Hice mil cortesías al portador, acompañadas de otros tantos cumplimientos, y luego que salió del mesón, me arrojé sobre el talego como un gavilán sobre su presa, y llevémele á mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados que contenía. Acababa de contarlos al tiempo que el mesonero, que había oído las palabras del portador, entró para saber lo que iba en el talego. Asombróle la vista de tanta plata, y exclamó admirado:

— ¡Fuego de Dios, y cuánto dinero! Sin duda sabéis, añadió con malicia, sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinticuatro horas que estáis en Burgos, y ya hacéis contribuir á las marquesas.

No me desagradó esta sospecha, y estuve tentado á dejar á Majuelo en su error, por lo que lisonjeaba mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mujeres; pero pudo más en mí la inocencia de mis costumbres que la vanagloria. Desengañé al mesonero y le conté toda la historia de doña Mencía. Oyóla con singular atención, y después le confió el estado de mis asuntos, rogándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algún tiempo, y tomando luego un aire serio, me dijo:

— Sr. Gil Blas, confieso que desde que vi á usted le cobré particular inclinación; y ya que le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponder á ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que usted es hombre nacido para la corte, y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algún gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo cual perderá usted el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningún aprecio hacen del celo y de la lealtad de un hombre de bien, y sólo estiman á las personas que les son necesarias para sus fines. Además de éste, tiene usted otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galán; y esto, aun cuando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar á su favor á alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe también enriquecer á los que eran pobres. Soy, pues, de parecer que vaya usted á Madrid; pero conviene se presente con ostentación, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y usted solamente será atendido á proporción de la figura que hiciere. Quiero proporcionarle un criado mozo, fiel, cuerdo y prudente; en fin, un hombre de mi mano. Compre usted dos mulas, una para sí y otra para él, y sin perder tiempo, póngase en camino lo más pronto que le sea posible.

No podía menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al día siguiente compré dos mulas y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era hombre de treinta años y de aspecto humilde y devoto. Díjome ser rayano de Galicia y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que más admiré en él fué que, siendo los demás criados por lo común muy interesados, éste no se paraba en pedir gran salario. Díjome que en este asunto se contentaría con lo que quisiese darle. Compré unos botines y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer salí de Burgos camino de Madrid.

CAPITULO XVI

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad

Dormimos en Dueñas la primera jornada, y al día siguiente entramos en Valladolid á las cuatro de la tarde. Apeámonos en un mesón, que me pareció sería el mejor de la ciudad. Mi criado se fué á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada que llevase la maleta al cuarto que me dieron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché en la cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el mesón, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venía, y me respondió, devoto y compungido, que de una iglesia, de dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devoción y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba, entró en mi cuarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una señora ricamente vestida, la cual me pareció más hermosa que joven. Dábale el brazo un escudero, y un morillo la seguía llevándole la cola del vestido. Quedé no poco sorprendido cuando la señora, después de hacerme una profunda reverencia, me preguntó si por ventura sería yo el Sr. Gil Blas de Santillana. Apenas le respondí que sí, cuando, desasiéndose del escudero, vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiración.

— ¡Sea mil veces bendito el cielo, exclamó, por tan dichoso encuentro! A usted, señor caballero, á usted venía yo buscando.

Al oír esto, se me vino á la memoria el petardista taimado de Peñafior, y ya iba á sospechar que aquella señora era una solemne embustera, ó una des-